

LA MASTURBACION REALIDAD POLIEDRICA

Luis DIUMENGE.

La actual coyuntura educativa gusta de referirse a protagonistas y antagonistas. Los primeros planifican y aceleran la transformación del mundo. Mientras que el resto, bloqueado por actividades e intereses polifacéticos, camina hacia el retiro del Aventino. Por desgracia, algunos padres, educadores y sacerdotes destacan por su insumisión al cambio.

Ser protagonista de la historia equivale a estar a la altura de los tiempos. Sólo quien acepta el nuevo proyecto de hombre es capaz de construir el futuro.

En la evolución psicosexual del individuo surge un tema vi-drioso. Millones de muchachos han vivido en continuo conflicto psíquico con su problema. Muchos jóvenes todavía hoy lo están. Temerosos de la deshonra social y perturbados frecuentemente por los imprevisibles efectos sobre su ulterior capacidad sexual, llegan a intentar el suicidio como resultante de la pedagogía que recibieron sobre la masturbación¹.

Varios superiores, catequistas, padres y formadores nos habían pedido un parecer teológico-pastoral que fuera más allá de un cubrir las apariencias. Para satisfacer semejante deuda, el 16 de diciembre de 1969, con los alumnos del tercer curso de la Facultad de Ciencias Sagradas San Pío X, tuvimos un Simposio

1. Alfred C. KINSEY-Wardell B. POMEROY-Clyde E. MARTIN, *Conducta sexual del varón*, Ed. Interamericana, México 1949, p. 456.

sobre la masturbación masculina y femenina. Desde entonces proliferaron las encuestas, trabajos en equipo, entrevistas y estudios. Tres series de conferencias a padres y educadores en Alayor, Barcelona y La Paz (Bolivia) me persuadieron de la imperiosa necesidad de transcribir los datos de tan feraz experiencia.

La impotencia que muchos padres sienten en este capítulo es tan hiriente que muy bien puede hablarse de verdadera tragedia. Las medidas tomadas por los indocumentados son de ordinario fútiles. La turbación espiritual y el sufrimiento que por este hábito están padeciendo gran número de personas clama a gritos por un remedio. La literatura sexual constituye hoy el mejor «best-seller». Pero no se alude a Dios, ni a la Iglesia, ni a la moral. El primero ha muerto según la teología radical, la segunda perdió el tren del progreso y la ética cristiana resulta periclitada.

A resultas de una conferencia sobre educación sexual nos escribió un padre de familia que deseaba conocer la visión cristiana: «Se nos dijo entonces que ciertos actos que cometen a solas los adolescentes no justifican que se los amenace ni con el castigo divino ni con las consecuencias patológicas... Se nos dijo que en cuanto a los actos solitarios bastaba con decir al adolescente que no está bien eso, que no se saca nada, pero que no debe preocuparse demasiado porque es algo natural de la transformación del niño en hombre». Los católicos a menudo se hallan «desconcertados, escandalizados, indignados» frente al cambio. ¿Tiene razón de ser semejante postura?

Quien más sufre es el propio sujeto. Pocos hablan de ello. Recientemente me escribía una joven: «Siempre que he tenido problemas he tratado de solucionarlos por mi cuenta sin dar parte a nadie, porque aunque aparentemente no lo parezca soy bastante introvertida, no porque no me fíe de nadie sino que considero que mis problemas son algo muy mío...». A la reserva personal, hay que añadir el grave pecado de omisión por parte de los mayores. Oigamos el relato autobiográfico de Marc Oraison:

Como todo el mundo a esta edad, fui víctima de mi pubertad. Pero lo malo era que no recibíamos ninguna explicación sobre las realidades sexuales. Algunas alusiones horribles, por lo demás tradicionales. Se abría entre bastidores el abanico del «pecado mortal».

Oí hablar, igual que todo el mundo de mi generación y de las siguientes, de las enormidades clásicas sobre la masturbación, de tal forma que tenía la impresión, lo mismo que mis compañeros sin duda, de ser un bicho raro y único en su género, excepcionalmente perverso. Ni siquiera nos atrevíamos a hablar entre nosotros².

¿Cómo solventar ese mutismo educacional?

Ciertos confesores, con su visión estática, manejan a la maravilla las leyes universales. Ignoran que la teología moral de sus años de seminario era fragmentaria. No es que los principios generales cambien sino que se aplican a una materia mejor conocida que antaño³. De ahí, la posibilidad de conclusiones distintas. Entre los criterios de moralidad, el objeto conserva íntegro su valor. Pero hoy se acentúan particularmente los otros dos: circunstancias y fin. La perspectiva clásica de los artículos de teología parte de la gravedad material para subrayar de inmediato el influjo de las condiciones subjetivas. Los autores repiten la misma tesis sin entrever la discordancia argumental. Las ciencias médicas y psicológicas, ¿aportan algo a la reflexión relativa a la culpabilidad ipsatoria?

Con el fin de responder a los interrogantes que preceden, estructuramos el estudio en tres partes. Del análisis descriptivo-etiológico-personal deducimos la mejor terapéutica. Para concluir en la hondonada moral con apertura creativa y esperanzadora.

I.—FENOMENOLOGIA DE LOS HECHOS

A) *Análisis descriptivo.*

El fenómeno que nos incumbe describir ofrece una policromía terminológica. La medicina lo etiqueta como onanismo. Mientras, los psicólogos hablan de introversión, narcisismo; cuando no recurren al léxico grecolatino: autismo, autoerotismo,

2. *Reconciliación. Memorias*, Sígueme, Salamanca 1969, p. 58,

3. El lector que anhele un «aggiornamento» moral deberá referirse a las mejores publicaciones sobre el tema. Apuntamos una selección: P. ANCIAUX - J. GHOS, *Le dynamisme de la morale chrétienne*, Duculot, Gembloux - Lethielleux, Paris I, 1969, 174; II, 1969, 200; R. COSTE, *Une morale pour un monde en mutation*, Duculot, Gembloux 1969, 216; Charles E. CURRAN, *Contemporary Problems in Moral Theology*, Fides Publishers, Indiana 1970, 272; S. FAUSTI, S.J., *Ermeneutica*,

quiropoerastia, ipsación... El teólogo, mucho más prosaico, emplea masturbación, polución directamente procurada, vicio solitario ⁴.

Consiste en la voluntaria provocación, mediante manipulaciones sobre los propios órganos genitales externos, de la eyaculación en el hombre o de la crisis secretoria en la mujer, hasta la obtención del orgasmo venéreo ⁵.

La fuerte excitación que se produce origina una metamorfosis en el estado psíquico del sujeto paciente que va de la tensión a la distensión, a través de una satisfacción placentera.

Aparece en las más diversas condiciones de vida. Su significación oscila a tenor de la edad, el ambiente y las costumbres sexuales del sujeto que la practica.

Desde el acto imperfecto del niño al acto plenamente humano realizado en la edad madura y senil, existe una serie de estadios de actividad «in crescendo».

Para mejor estudiar la masturbación retrocedamos a la infancia. Alrededor de los tres años el «yo» incipiente advierte la necesidad de los demás. Carece todavía de sentido moral pero debe comportarse ya intuitivamente según las normas de su entorno. ¿En qué circunstancias el niño manoseará su sexo? Cuando se enfade, cuando no pueda conciliar el sueño, cuando patalee frente a la imposición de los mayores... Si en estos momentos su mamá sabe ocuparlo en actividades lúdicas o útiles, cesará naturalmente la manipulación. Si la susodicha «masturbación pri-

linguaggio e teologia morale, RivTM, n. 6, 1970, 19-44; P. FRUCHON, *Crise et vérité du langage éthique*, Lumière et Vie, n. 95, 1969, 31-47; E. LAMBRUSCHINI, *Verso una nuova morale nella Chiesa?*, I. *Orientamenti di principio*, Queriniana, Brescia 1967, 220; F. H. LEPARGNEUR, O.P., *Responsabilidade Coletiva e Pecado*, RevEcl Brasileira, 30, 1970, 538-567; I. LEPP, *La Nueva Moral, Psicosisntesis de la vida moral*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires - México 1964, 221; J. MESSNER, *Etica general y aplicada. Una ética para el hombre de hoy*, Rialp, Madrid 1969, 415; L. MONDEN, *Conciencia, libre albedrío, pecado*, Herder, Barcelona 1968, 198; E. MOUNT, *Conscience and Responsibility*, John Knox, Richmond, 1969, 191; J. M. POHIER, *Psicología y Teología*, Herder, Barcelona 1969, 423.

4. La ipsación propende en gran medida al aislamiento. Por ello está en estrecha relación con la introspección del adolescente. Momento del que arroja del camino de su vida a los hombres y a los dioses.

5. Acerca de las técnicas masturbatorias, consúltese André ALSTEEENS, *La Masturbazione nel ragazzo. I Dati psicologici del problema e le sue implicazioni pedagogiche e psicoterapiche*, Paoline, Francavilla a Mare, 1968, pp. 78-79; KINSEY, O. C., p. 452.

Tanto el modo de ejecución como la situación espacio-temporal remiten al interrogatorio acerca de su significado en la vida del muchacho.

maria» es orillada precozmente, tenderá a eliminarse por sí misma. De lo contrario queda abierto un portillo a la fijación habitual.

¿Qué actitud deben adoptar los padres? Eviten el imperativo: «quita la mano». Renuncien, desde siempre, a emitir juicios de valor. Cuando el adulto intimida habla según su propio «super-yo» y desconoce los criterios de la ética racional. El niño ignora ese paisaje de valores. Quitará la mano por temor al castigo. Y, lo que es peor, adoptará muy pronto actitud culpabilizante.

Algunos padres no se contentan con simples prohibiciones verbales. Dan castigos corporales, privaciones alimenticias, amenazas... Les atemorizan con decir que su mano se volverá negra o que no crecerán. Incluso llegan a decir que Dios les castigará. Por esa vía llegan al intervencionismo sacerdotal y obligan al niño a confesarse.

Los actuales conocimientos biopsicológicos desacreditan las posturas del «período pre-analítico»⁶ respecto a la pirámide de enfermedades que derivaban de la ipsación. En sí y por sí no puede ser considerada como causa de enfermedades o de trastornos importantes, a menos que se practique con una frecuencia excesiva, en cuyo caso dará lugar, como cualquier otro esfuerzo desproporcionado a la capacidad del organismo, a un transitorio estado de cansancio y de agotamiento⁷. Pero es precisamente el peso de la tradición el que gravita sobre los padres⁸. Debieran persuadirse de que únicamente sus propias reacciones corren el albur de transformar la significación del gesto. Resultante global de su conducta será angustiar a sus seres más queridos desde el umbral de la impar aventura humana del existir.

Algunos autores sitúan la masturbación entre los fenómenos fisiológicos propios de los primeros años que tienden a desapa-

6. ALSTEENS, o. c., pp. 23-26.

7. ALSTEENS, o. c., pp. 41-49; KINSEY, o. c., pp. 448-455.

8. Como prueba de ello cito el párrafo de una carta que me remitió un matrimonio catalán: «¿Qué medidas pueden o deben tomar los padres para evitar la masturbación en sus hijos? Si ya se ha producido, ¿qué conviene hacer para concluir con éste, hasta ahora, llamado vicio? ¿Qué perturbaciones puede provocar a la salud y al alma?».

recer en la fase siguiente⁹. Quienes han sido educados en atmósfera sana conocerán sólo episódicamente las manifestaciones de carácter genital.

En el alborear de la pubertad se presenta como un fenómeno de carácter *electivo*. A medida que el sujeto avance hacia la plena madurez sexual se coloreará cada vez más como *sustitutivo*.

Desde el punto de vista estrictamente médico no hay razón para temer el más mínimo trastorno. Aquí prescindimos de consideraciones de índole ética así como de las repercusiones psicológicas que puedan derivar de ello.

En la mujer, el porcentaje de frecuencias resulta inferior al del varón. En su adolescencia pasa generalmente por una fase autoerótica bastante especial. En virtud de las particularidades de su constitución psicosomática. La esfera genital es en ella más interior y compleja. Experimenta la actividad erótica más pronunciada en el período de ovulación. Puede ocurrir que entonces sienta imperiosamente la tendencia a la práctica masturbatoria¹⁰. Mientras la adolescente supera fácilmente esa crisis, puede revestir caracteres dramáticos para la mujer soltera alrededor de los treinta años y también al acercarse el climaterio.

Para los dos sexos, este es uno de los aspectos característicos de la singladura adolescente. Aunque no sea obligado recalar en él puede constituir una etapa del largo, delicado y, a menudo, trabajoso proceso de evolución sexual. Esa pertinencia funcional les hace sentir como una roca desierta azotada por la fugacidad de las olas. Por los hechos vitales que desgastan y acaban anegándoles. Así como, desde el punto de vista anatómico, los órganos genitales alcanzan notorio desarrollo, la maduración psico-sexual procede, por el contrario, con ritmo bastante más lento.

En algunos varones, la reiteración elevada se extiende desde la adolescencia hasta el matrimonio. Otros mantienen un promedio de tres o cuatro veces por semana hasta la vejez, incluso estando casados.

Muchos, seducidos, por otros compañeros, provocan la pri-

9. Cf. G. SANTORI, *Compendio de Sexología*, Ed. Razón y Fe, Madrid 1969, p. 421.

10. Cf. SANTORI, o. c., pp. 157.187.

mera polucción¹¹. Otros la sienten como derrame nocturno. Tampoco son raros aquellos que la sufren al practicar gimnasia, atletismo u otra actividad deportiva.

El arco cronológico abarca prácticamente todo el periplo humano. En razón del ministerio educativo ceñiremos el enfoque del diafragma a la edad de nuestros escolares.

Parece apodíctica la universalidad del hecho. Así lo pregonan las cifras. Aunque aquí resulte difícil el rigor matemático absoluto, deberíamos dar cierta fe al informe del equipo Kinsey¹². Con tres salvedades. Dos de ellas metodológicas y una de fondo. Su estudio capta el complejo fotograma de los años 40 en Norteamérica. Incardinar sus conclusiones en nuestra «Celtiberia sexual» equivaldría a cometer un doble error de perspectiva, amén de fomentar la inercia frente a la dinámica adolescente. Mucho más grave todavía el corolario, quizá ajeno a la mentalidad de los autores del informe, que parece desprenderse de toda la obra: «lo que se hace indica aquello que debería hacerse». Media un salto abisal entre la praxis y el universo de los principios.

Cerca del 92% de la población total llega a practicar la masturbación hasta el orgasmo¹³. Es relativamente corto el número de preadolescentes que se masturban en sentido estricto: no más del 10% lo han hecho antes de los 9 años y el 13% antes de los 10¹⁴. Hay hombres que nunca se han masturbado, algunos que sólo lo han hecho una o dos veces en su vida y otros cuyo promedio es de 7, 14, 20 o más veces por semana, durante largos años¹⁵.

Sabemos todavía muy poco en este dominio. Contrastan las tesis tradicionales con los descubrimientos recientes. Sin preten-

11. Según Kinsey (o. c., p. 443) la automasturbación procura la primera eyaculación en los dos tercios de los muchachos (68,4%).

12. Rechazamos por repetidores pueblerinos la casi totalidad de los datos que aparecen en distintos estudios. En efecto, ¿qué validez alcanzan conclusiones sobre un muestrario de 125, 200, 232 personas o 180 prostitutas? (cf. F. VON GAGERN, *El tiempo de la madurez sexual*, Marfil, Alcoy 1963, pp. 103-104).

A propósito de los peligros que entraña la utilización moral del informe Kinsey a partir de los argumentos de una biología incompleta, cf. P. CHAUCHARD, *Biología y Moral*, Fax, Madrid 1964, pp. 62-63.

13. KINSEY, o. c., p. 442.

14. KINSEY, o. c., p. 445.

15. KINSEY, o. c., p. 449.

der que la normalidad venga justificada por la reiteración, con todo, el educador deberá estar al día sobre el balance psicobiológico. Sabrá recurrir a quienes, siendo especialistas, pueden ayudarlo desde la vertiente psicológica o médica. Se trata, en efecto, de una manifestación de neurosis narcisista o de un comportamiento anormal que desemboca en la autosuficiencia e impide el dominio sexual equilibrado. Peligroso fallo de maduración sexual contra el que convendrá luchar sin tregua y desde todos los frentes¹⁶.

B) *Análisis etiológico.*

El carácter variopinto de la masturbación saltará a la vista con elencar sus raíces. Las hay de origen causal, final e intermedias.

Pertenecen al primer grupo aquellas naturalezas de constitución neuropática e hipersexual anteriores a la cristalización del hábito. El o la adolescente se quejan entonces de no poder resistir. Conviene dar crédito a su sinceridad, presos como se hallan de un magnetismo telúrico innato.

Los signos de indigencia psicológica agrupan las raíces de origen final. Existirá unas veces la fijación o regresión hacia la fase autoerótica¹⁷; en otras, será la resultante del abusivo predominio materno o la carencia absoluta de amor en el clarear de la vida afectiva. Esporádicamente se dará la masturbación de compensación ante la imposibilidad de la relación heterosexual. Predominantemente aparece en períodos de agotamiento,

16. Cf. M. ORAISON, *Le mystère humain de la sexualité*, Ed. du Seuil, Paris 1966, pp. 98-99.

17. El narcisista como el homosexual viven el drama insoluble de la perversión. Con agudeza Maxence van der MEERSCH coloca en labios del médico el siguiente diagnóstico para Manuel Ghelens:

«Creo poder decirle que el mal no reside en su organismo sino en su espíritu. En la edad de la pubertad, cuando el metal del alma se halla todavía en fusión, usted se creó una idea falsa, un instrumento viciado. Ahora el metal del alma se ha enfriado. Es tarde ya, muy tarde, para volver atrás... Sólo se nos concede una ocasión para dar forma y moldear nuestra alma. La de usted ya está hecha... Para volver a empezar la obra, sería preciso hacerla pedazos y volverla a fundir... Cosa nada fácil, evidentemente. Pero no debe usted desesperar. Algo haremos, a pesar de todo» (*La máscara de carne*, Ediciones G. P., Barcelona 1967, p. 263).

depresión y descontento; a resultas de un desengaño o fracaso escolar; como consecuencia de roces con el entorno sociofamiliar; en tiempos muertos de aburrimiento, vacío u ocio; al degustar la soledad casual o impuesta. En suma, como huida de un presente atosigante.

Cuantas veces el propio cuerpo es considerado como objeto erótico de ternura, otras tantas tropezamos con el masturbador narcisista. Cultiva mórbidamente la imagen sexual instalándose en situación utópica. Con todo no siempre obrará a impulsos del placer. En la muchacha puede representar un factor de frigidez relativa y de insatisfacción sexual. Cabe también la posibilidad masoquista de autodespreciarse frente al problema de la auto-ridad, padres-educadores-ley¹⁸. Es la «rebelión de los cobardes». El joven decidido contesta meridianamente las injusticias de que es objeto. Quien, por el contrario, carece de ánimos se revuelve hacia dentro para expresar la oposición.

Tampoco faltará el sujeto que intente, con semejante práctica, identificarse al grupo. Actuará para revelar su virilidad. Y como desafío a las normas de la moral tradicional¹⁹.

Al orden causal-final pertenecen las neurosis de angustia u obsesión, el insomnio, la situación vital no integrada en el centro personal²⁰, la compensación afectiva, el hipererotismo, la psicopatía...

El cuadro anterior, servirá, cuanto menos, para dar un mentís rotundo a la creencia ancestral que consideraba la ipsación como lepra invasora de los establecimientos docentes. Dentro y fuera de ellos, en el intervalo de la edad escolar y más allá, entre quienes soportan el peso de la soledad o incluso llevan vida conyugal podrá penetrar la corriente narcisista.

De unos lustros a esta parte cobra más relieve la argumentación determinista que ve en la masturbación un simple gesto exonerador. En resumidas cuentas, las glándulas del aparato genital tienden a vaciarse de sus secreciones. Por consiguiente, desde el punto de vista estrictamente biológico, la eyaculación sea es-

18. Cf. ALSTEENS, o. c., p. 60.

19. Cf. ALSTEENS, o. c., pp. 129-145.

20. Hemos encontrado un caso de quien profesó en la vida religiosa más o menos coaccionado.

pontánea o provocada, representaría una exigencia del organismo y —con tal que no exceda determinados límites, en realidad muy elásticos— no da lugar a consecuencias dañosas²¹. A la opinión del docente de la Universidad de Roma, contraponemos el testimonio de Marc Oraison, médico-psicólogo-sacerdote, a propósito de la fisiología masculina. Recalca la falsedad de una creencia: el que el esperma se acumulara progresivamente (por ejemplo, en las vesículas seminales) y que pediría ser expulsado cuando se superara cierto umbral de plenitud. De ahí arrancarían el deseo sexual. Sin embargo nada existe tan voluble como el ritmo de funcionamiento fisiológico sexual masculino²².

La experiencia, además, nos enseña que una evacuación espontánea de los conductos seminales tiene normal y regularmente lugar a través de las poluciones nocturnas.

C) *Análisis personal.*

El joven debe prepararse a su futura vocación matrimonial y a eventual vocación al celibato, aprendiendo a considerar su sexualidad con veneración y sin ceder un ápice al narcisismo. De otro modo, faltaría suficiente donación e interna unión con el otro. La frecuencia e intensidad de excitación del clítoris o vulva predisponen a insensibilidad perjudicial a los contactos del coito. Igual acaece con el varón²³.

La mayoría de los adolescentes atraviesa un período en el que más o menos voluntariamente, más o menos libremente, sucumben a la inclinación. Ni la fornicación ni el matrimonio como tales constituyen una panacea contra la masturbación si ésta es realizada egocéntricamente. Lo prueba la supervivencia de la misma entre buen porcentaje de casados.

Psicológicamente, no siempre moralmente, la polución significa egocentrismo. Si a raíz de tener un carácter blando, el o la adolescente teme enfrentarse con los dolores de parto propios de

21. Cf. SANTORI, o. c., p. 158. En este supuesto, ¿cómo explicar la manipulación del clítoris?

22. Cf. M. ORAISON, *Le mystère humain de la sexualité*, p. 58.

23. Noël LAMARE, *Conocimiento sexual del hombre*, Fontanella, Barcelona 1969, pp. 63-72.

una nueva fase de la evolución que desemboca en la madurez, fácilmente claudicará ante la llamada interior a hacerse hombre. Y esto lo hace más por comodidad que por debilidad. En vez de dirigir sus fuerzas impulsivas hacia lo auténtico, la relación con el otro sexo, busca la inautenticidad de un sucedáneo fácil de adquirir. Renuncia culpable al desarrollo que atenta contra el sentido de la sexualidad.

Los hay que se masturban a diario y conservan, sin embargo, salud física e integridad de todas sus facultades anímicas. Otros opinan que tales prácticas pueden originar insomnio, anorexia, dolores lumbares, debilitación del tonus muscular... En cifra, si la práctica masturbatoria es de factura banal, ordinariamente no tendrá repercusiones de orden psicosomático. Imposible prever consecuencias temibles en sujetos proclives a lo patológico.

La verdad, también aquí, se sitúa probablemente en equidistancia de concepciones extremistas. No hay que minimizar ni exagerar. Conviene advertir la frecuencia de ipsaciones y la capacidad de resistencia del sujeto. En el fondo no hay problema de masturbación, sino de individuos autoeróticos.

¿Cómo proceder en el orden práctico? Depende enormemente de la etiología, de las circunstancias y de la propia persona. La orientación normativa debe ayudar a cada uno a dominar el deseo sin represiones insanas, sin prejuicios y, sobre todo, sin un comprometido sentido de culpabilidad. Padres, educadores, confesores, médicos... deben estudiar colegialmente muchísimo más. Definitivamente debe cancelarse la guerrilla individual del médico que explora lo orgánico así como la del sacerdote que pretende curar sólo con «píldoras sobrenaturales». Apremia la colaboración estrechísima de todos para solventar cumplidamente el conflicto.

La penetración vertical de la sinfonía fenomenológica de la pubertad revelaría la trabazón de fuerzas que pugnan por aflorar en este período de vida. *La masturbación debiera considerarse como reválida de madurez*, a la que es sometido el púber en su crecimiento. El desarrollo ulterior dependerá, hasta cierto punto, no tanto de si domina, con ser importante, sino de cómo la superó.

II.—TERAPEUTICA FUNCIONAL

En cualquier vertiente pedagógica vale más prevenir que curar. Los educadores sagaces sabrán aprovechar positivamente el período tranquilo de los 7-12 años. Será la hora favorable para la sementera de una íntegra formación intelectual-volitiva, mientras simultáneamente cristaliza la conciencia moral.

Multitud de educadores reclaman del moralista recetas pragmáticas. Con ello infravaloran la complejidad existencial del hombre en situación. La respuesta monocolor agrada por ser simple. Pero pronto advertimos su relegación en el estante de los abalorios. Los remedios dependen de la causa motriz que admite una diversificación casi inconmensurable. Valdrán únicamente los principios generales que permiten columbrar el firmamento del autismo. Al tacto del educador queda reservada la aplicación e individualización de los mismos en cada caso concreto.

Conviene subrayar de salida que nunca lograremos vencer este desenfoque a través del ataque directo. Hundiríamos todavía más la introversión que fundamentalmente es lo que hay que rectificar. La técnica indirecta gravitará sobre las causas que serán bombardeadas desde cualquier flanco.

Intencionalmente colocamos el presente apartado antes de la valoración moral. Porque conviene insistir más en el aspecto psíquico. El quehacer educativo apunta a reestructurar íntegramente la persona y rodearla de amor. Sin esto, lo demás se tambalearía. Mal que durante siglos hemos padecido al equiparar la responsabilidad del masturbador al margen de las circunstancias de sexo, edad, cultura, estado... Con la secuela de incongruencias aberrantes a título de ayuda: circuncisión, neurectomía del pene, infibulación...

La acción pastoral discurrirá, de menos a más, por un doble plano. Empezar siempre por lo más sencillo: el nivel informativo sin apoyos metafísicos.

El joven puede y debe ser instruido acerca del sentido altruista y social de la sexualidad. La superación del infantilismo masturbatorio llega mediante el salto del encierro en sí a la apertura total al prójimo. Si en el fondo late una carencia de amor recibido o cualquier otra forma de inadaptación social, habrá que indagar si busca amor o éxito.

Acaecerá, quizás, que todo obedezca a raíces físicas (fimosiis, falta de higiene) u ocasionales (lectura, encuentro, baño, film, conversación...). Ambas pueden ser removidas con relativa facilidad.

Adviértase asimismo la existencia de productos antiangustiosos²⁴.

Muchísimo mayor relieve adquiere el enriquecimiento de las motivaciones y la presencia de un amigo con quien contrastar pareceres.

Ante todo desmitifiquemos la esfera sexual. Ser cristiano no equivale primordialmente a ser casto. El problema ipsatorio no tiene por qué ocupar el centro de la conciencia ni convertir la existencia en pugna concentrada. ¿Cómo ayudar al adolescente y joven a salir de su obsesión sexual? Mediante la apertura a otras facetas: deporte, religiosidad, vida cristiana consciente y creciente, apostolado y, principalmente, cuanto suponga apertura hacia el prójimo²⁵. Si a esto añadimos objetivos profundos (realización íntegra de la propia personalidad, servicio de Cristo, conciencia orientada hacia el Bien Sumo...) habremos ganado una importante baza. Evítese cuanto sea asimilable al «imperialismo del terror» (peligros para la salud corporal o espiritual) que deprime e incrementa las dificultades.

El orientador espiritual podrá, en muchos casos, contribuir a resolver el problema. Cuando sospeche que intervienen factores patológicos o siquiátricos, deberá colaborar con especialistas de ambos sectores para obtener la superación de los escollos.

Padres, educadores y sacerdotes podrán invitar al sujeto a verificar una decisión radical. La incompatibilidad entre religión y lujuria estimulará la toma de conciencia. Si la persona adulta sabe aplaudir, estimular el más leve progreso, crecerá la esperanza del adolescente. En definitiva, ese tender la mano, tan distinto del paternalismo, creará en él la convicción de que la victoria es posible, de que cabe la curación y el logro de la felicidad más completa.

24. Por ejemplo, el cordiazepóxido (librium) que deberá tomarse bajo prescripción facultativa. Sin convertir los tranquilizantes en clave absoluta, pueden combatir la tensión sexual y fortalecer el estado general del cuerpo.

25. Cf. H. BISSONNIER, *Psychopédagogie de la conscience morale en ses conditionnements normaux et pathologiques*, Ed. Fleurus, Paris 1969, p. 100; B. HÄRING, *Cristiano en un mundo nuevo*, Herder, Barcelona 1964, pp. 354.431-432.

III.—CULPABILIDAD SUBJETIVA

Creemos necesario antes de concluir la presente panorámica reflexionar sobre la moralidad de la masturbación. Otros se han ocupado meritoriamente de la prospectiva pedagógica²⁶.

Para introducir como es debido el presente apartado conviene saber leer en el libro caleidoscópico de los siglos. Desde la Sagrada Escritura a los últimos testimonios del Magisterio.

El moralista de hoy tropieza con la gran dificultad de interpretar y aplicar las perícopas neotestamentarias que involucran contenido moral. Por la índole de su materia se enfrenta con problemas modernos y con las necesidades de sus coetáneos. Debe hallar respuesta a múltiples interrogantes. Cuando recurre a exégetas frecuentemente queda defraudado. Porque éstos trabajan con categorías sistemáticas, mientras él parte de una realidad existencial.

En el texto bíblico no hallamos nada determinante sobre el tema en liza. Y nuestra pereza puede preferir la reproducción de arquetipos permanentes en clásicos de moral. Habitualmente los moralistas recurrían para fortificar su tesis maximalista a una triple perícopa paulina: 1 Cor 6, 9-10; Ef 5, 3; Gál 5, 19-21.

La cuestión común que subyace en los textos es la de saber quiénes heredarán el Reino y, de rechazo, quiénes quedarán excluidos. Explícitamente el término masturbación está ausente. ¿Existirá un sentido plenario que permita colegir dicha realidad?

En la terminología griega que esgrime el Apóstol cabe los Corintios existe claridad de conceptos en todas las palabras si exceptuamos «malacoi» (=«molles», afeminados). En literatura profana, el término se aplica a los varones que buscan experimentar en sí el placer femenino. Aquí de hecho va unido con los sodomitas, que codician al hombre. Los dos últimos pecados del versículo 9 se refieren, pues, a los invertidos y homosexuales.

El vocablo «acazarsía» (=«immunditia», impureza), simple o total, que caracteriza los textos restantes, ¿qué significaría? ¿Puede incluirse la masturbación entre este «género de impureza»?

26. André ALSTEENS, *La Masturbazione nel ragazzo. I dati psicologici del problema e le sue implicazioni pedagogiche e psicoterapiche*, Paoline, Francavilla a Mare, 1968, 283.

En buena exégesis sería forzar el sentido literal pretender atribuir a los textos valor condenatorio.

En los primeros siglos de la historia de la Iglesia no hay mucho más. Priva en el lenguaje hablar de castidad por encima de la observancia del recto orden sexual. A partir del siglo VI, los libros penitenciales condenan toda transgresión al respecto, pero menos gravemente que otros pecados de la carne. Existe menor severidad al enjuiciar a los adolescentes. El problema de la polución nocturna desplaza el centro de interés de los teólogos medievales.

Hay que esperar hasta el siglo XVII para obtener el primer argumento de autoridad. Ocasión que viene brindada por dos proposiciones entresacadas de la *Theologia moralis fundamentalis* (Francfort 1651) del polígrafo madrileño Juan Caramuel de Lobkowitz (1606-82), cisterciense, a quien la historia reconoce con el sobrenombre de «Príncipe de los laxistas».

En efecto, el 24 de septiembre de 1665, Alejandro VII condena y prohíbe, por lo menos como escandalosa, la siguiente proposición:

La masturbación, la sodomía y la bestialidad son pecados de la misma especie ínfima, y por tanto basta decir en la confesión que se procuró la polución (D. 1124).

Inocencio XI, el 4 de marzo de 1679, condena y prohíbe, por lo menos como escandalosa y perniciosa en la práctica, la aseveración de que

La masturbación no está prohibida por derecho de la naturaleza. De ahí que si Dios no la hubiera prohibido, muchas veces sería buena y alguna vez obligatoria bajo pecado mortal (D. 1199).

¿Figuraba en el pensamiento formal de los Pontífices el reprobar la masturbación en sí misma? Lo que se condena en estos textos son posiciones excesivas sobre el particular. No intrínsecamente la masturbación.

En el siglo XIX será combatida por un aluvión de escritos que pregonan la secuela de enfermedades que implicaría.

Tendremos que esperar hasta finales del primer tercio del

presente siglo para hallar nuevos testimonios. Por un Decreto del Santo Oficio conocemos la consulta del 2 de agosto de 1929:

Si es lícita la masturbación directamente procurada para obtener esperma con que se descubra y, en lo posible, se cure la enfermedad contagiosa de la blenorragia.

Resp. NEGATIVAMENTE (D. 2201).

La finalidad terapéutica, sin pronunciarse sobre la gravedad, no concuerda con la situación adolescente.

Pío XII en dos de sus discursos puede que aludiera indirectamente al tema. El primero tuvo lugar el 23 de marzo de 1952:

...Rechazamos como errónea la afirmación de quienes consideran inevitables las caídas en los años de la pubertad, que por ello no merecerían el que se haga gran caso de ellas, como si no fueran culpas graves, porque ordinariamente —añaden ellos— la pasión quita la libertad necesaria para que un acto sea moralmente imputable²⁷.

El 19 de mayo de 1956 al dirigirse al II Congreso Mundial de la Fertilidad y de la Esterilidad celebrado en Nápoles, en un momento de su discurso el Papa adoptó la lengua latina:

...Masturbatio omnino est extra memoratam pleni facultatis sexualis exercitii naturalem habilitatem, ideoque etiam extra eius colligationem cum fine a natura ordinato; quamobrem eadem omni iuris titulo caret atque naturae et ethices legibus contraria est, etiamsi inservire intendat utilitati per se iustae nec improbandae²⁸.

Explícitamente ninguno de los dos textos habla de la masturbación en el adolescente. ¿Prejuzga el Pontífice como «inevitables caídas» aquello que, en el sentir de médicos y psicólogos, resulta normal dentro del proceso evolutivo? Afirmarlo sería desfigurar el sentido de las palabras. A nadie tampoco se le ocurrirá equiparar la problemática de la «esterilidad conyugal, involuntaria fecundación artificial e inseminación artificial» con la de nuestra elucubración.

27. *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, Publicaciones de la Junta Nacional A. C. E., Madrid 1962, I, 1320.

28. *Id.*, II, 1772.

Las directrices magisteriales no pueden ser tomadas en serio si no son exactamente evaluadas en cuanto a su verdad y a su carácter normativo. No pueden ignorarse las posiciones actuales del problema, sin traicionar la verdad y el mismo Magisterio. Muchos documentos de antaño confieren importancia excesiva a formulaciones conceptuales, entonces consideradas como definitivas²⁹.

Entre ambos discursos existió el significativo entreacto del 18 de marzo de 1953. Fecha de la inclusión en el Índice de libros prohibidos de la tesis doctoral de Marc Oraison, *Vie chrétienne et problèmes de la sexualité* (Lethielleux, Paris 1952)³⁰. Con esta medida el Dicasterio romano quería salir al paso de tendencias exageradas. En aquel entonces, varios autores no parecían atender de hecho a la realidad de que *no todo impedimento de libertad* es tal que *suprima por completo el acto perfectamente humano*. La distancia histórica y el posconcilio permiten enjuiciar con gran serenidad la meritoria labor del «profeta bordelés».

La argumentación de orden teológico vislumbra la razón intrínseca de la gravedad en el hecho de que el acto solitario es una perversión de un acto que, de suyo, es social.

Surgen las discrepancias en el momento de puntualizar. Un sector afirma que es pecado contra natura, porque la emisión voluntaria de esperma supone un atentado contra su finalidad procreadora.

La base que sustenta dicha premisa data del medioevo y es deudora de la medicina de la época. ¿Puede atarse la teología a concepciones superadas en torno a las leyes de la naturaleza?

El Aquinate es tributario de Aristóteles quien lanzó todo el potencial de su artillería dialéctica para demostrar la inferioridad del «segundo sexo». Concibe a la mujer como «varón frus-

29. Para quien desee ampliar la perspectiva histórica: cf. PLE - HAERING, *La masturbación. Reflexiones morales y pastorales*, Paulinas, Bilbao 1970, pp. 19-51. Resulta incomprensible que el P. Albert Ple detenga su análisis en el siglo XIX.

30. El autor defendió su tesis en el aula magna de Hults (marzo 1951). Obtuvo la máxima calificación: *Prorsus cum singulari laude*. El libro apareció durante el invierno del 51-52.

La resonancia que tuvo fue mucho mayor de lo previsto. En el corto período de dos o tres meses, Oraison se convirtió en signo de contradicción.

En Pascua de 1953 se hallaba en Roma. Fue convocado al Santo Oficio. El mismo nos ha descrito su aventura (cf. *Reconciliación*, pp. 195-197).

trado»³¹, cuya función en el orden generativo sería puramente pasiva. Únicamente el semen viril resultaría fecundo³². Según esto, el hombre futuro estaría contenido, por así decir, en el esperma. La masturbación mataría «hombrecillos» y sería culpable de un verdadero homicidio. Escribirá en la *Suma contra los Gentiles* que

el desarreglado derrame seminal conspira contra el bien de la naturaleza, como es la conservación de la especie. De aquí que, después del pecado de homicidio, que destruye la naturaleza humana ya formada, tal género de pecado parece seguirle, por impedir la generación de ella³³.

La idea del «líquido seminal sagrado», portador de vida y que debe ser consagrado a la fecundidad so pena de falta grave, corresponde a edad mítica. El engranaje actual de la secularización es de esperar que deponga dicho simbolismo para siempre.

De ser viable la argumentación tomista, ¿cómo legitimar las poluciones nocturnas y el acto conyugal en los casos de esterilidad y vejez? ¿Cómo calificar la masturbación femenina en la que no existe efusión seminal?

La fisiología, por su parte, ha puesto de manifiesto en su corto siglo de existencia una serie de adquisiciones de capital interés. Entre ellas la sobreabundancia de elementos fecundantes con relación a los fecundados. Por un óvulo elaborado por la mujer, el hombre suministra en algunos cm³ de esperma, miles de millones de espermatozoides de los que sólo uno o dos en general alcanzarán el óvulo y lo fecundarán.

En el otro sector se califica el acto masturbatorio de inmoral en cuanto procura un placer desordenado.

Aquí se opera un salto del plano biológico al psicológico. El placer en sí mismo no es malo³⁴. En realidad, el placer se convierte en tal cuando se constituye en fin para sí mismo. La ma-

31. *Suma Teológica*, I, 92, 1.

32. Id. III, 31, 5 ad 3: «El semen de la hembra no es apto para la generación; es algo imperfecto en el género de semen, que no pudo recibir el perfecto complemento del semen a causa de la imperfección de la naturaleza femenina».

33. Libro 3, cap. 122.

34. Cf. J.-M. POHIER, *Recherches sur les fondements de la morale sexuelle chrétienne*, Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques, 54, 1970, 2-23; 201-226.

licia del masturbador refleja el amor egoísta y desordenado de sí. Síntoma de narcisismo infantil no superado, de sexualidad inmadura, de no integración social... que deben desaparecer cuanto antes para conseguir una personalidad íntegra.

La respuesta teológica precisa el complemento de la psicología.

Antaño fueron contadísimos los que discutían acerca de la posibilidad concreta de integrar las ciencias positivas en la Teología. Fue admitido por todos el carácter utilitario y la necesidad práctica de encuadrar estas ciencias en el orden pastoral como simples auxiliares de la Teología Moral. La relación entre dichas ciencias y la teología era meramente *extrínseca*. La teología en sí completa como ciencia sagrada ejercía primado de dominio sobre las ciencias empíricas. A lo sumo acudía a ellas como ciencias «ad extra» que podían facilitar la consecución de una pastoral eficaz. Tal uso extrínseco de las ciencias positivas del hombre en relación con la teología debía ser cultivado para el bien práctico de la Iglesia y así tuvimos la medicina pastoral, la sociología pastoral, la psicología pastoral... ciencias *casi-sagradas* en virtud de su conexión extrínseca e instrumental con la teología, pero mínimamente con carácter estricto de teológicas y sin influjo interno en la evolución de la teología.

Actualmente las ciencias positivas y principalmente las antropológicas iluminan y explican algo verdadero respecto a la persona humana. Esta parcela de verdad puede y debe ser asimilada *en la substancia* de la misma teología con la nueva evolución interna de la teología y, si es necesario, con la modificación de algunas conclusiones teológicas formuladas con poca exactitud.

Es un deber recibir las aportaciones de estas ciencias y rebasarlas. Criticarlas. No son absolutas ni ilimitadas. Aquí entra en acción la función postcientífica de la teología a que aludía Pablo VI:

Debemos remontarnos a los principios para tener convicciones firmes y operantes; debemos ver cómo los progresos de las ciencias modernas, especialmente la psicología, la medicina y la sociología, entran en el cuadro del conocimiento del orden, la antropología, de cuyo cuadro deriva la ciencia de obrar, es decir la moral; debemos ver si tantas formas de obrar, si tantas costumbres son hoy

razonables o no; debemos ver la forma de *aplicar los principios morales constantes a las necesidades nuevas y a las aspiraciones contingentes de nuestra época*³⁵.

Convendrá, pues, partir de la realidad. ¿Pertenece la ipsación adolescente a la categoría de acto humano, esto es, voluntario y libre? ¿Arranca del centro personal o de la periferia? Las entrevistas personales nos convencen de que muchos la practican en contra de su voluntad expresa. El consentimiento definitivo dista de ser absoluto. Media entonces una limitación de la libertad.

La mayoría de aquellos que han contraído tal hábito niegan la realización de un acto contra Dios o su deseo de querer separarse de El. No son capaces de pensar en esta dimensión. Cuando la efervescencia pasional domina, cualquier pensamiento resulta influido. La presencia de Dios palidece realmente aunque aparezca en el hecho de pensar en El. Afirmación que dista de justificar la postura adoptada. Establecer como requisito semejante encajamiento con Dios peca de irrealismo. La búsqueda desordenada de sí, el egoísmo rastrero, presuponen el afincamiento en el propio yo. Lo cual es ya una traición al espíritu del cristianismo que radica en el amor.

Años atrás, existía entre adolescentes, la creencia de que sólo debían confesarse de esta culpa. Hoy la pastoral proclama la caridad como punto central de la mirada del penitente. Paulatinamente quedará desplazado el centro de gravedad. De la ipsación a la fraternidad universal. En vez de agotar el caudal de energías en lucha estéril contra el vicio, el joven intentará renovar su existencia mediante la oblatividad apostólica.

El autoerotismo es un suceso dinámico en el que los impulsos que deberían orientarse hacia un «tu» quedan confinados, por razón de semejantes trastornos, en el propio «yo». El «yo» individual se convierte simultáneamente en sujeto y objeto del impulso.

Buen número de psicólogos ha comprobado que jóvenes practican frecuentemente acto masturbatorio sin reflejar sentimiento de culpabilidad, mientras no han sido instruidos de su gravedad.

35. El subrayado es nuestro (Audiencia general del 7-10-1970: Eccl 30, 1970, 1926).

licia del masturbador refleja el amor egoísta y desordenado de sí. Síntoma de narcisismo infantil no superado, de sexualidad inmadura, de no integración social... que deben desaparecer cuanto antes para conseguir una personalidad íntegra.

La respuesta teológica precisa el complemento de la psicología.

Antaño fueron contadísimos los que discutían acerca de la posibilidad concreta de integrar las ciencias positivas en la Teología. Fue admitido por todos el carácter utilitario y la necesidad práctica de encuadrar estas ciencias en el orden pastoral como simples auxiliares de la Teología Moral. La relación entre dichas ciencias y la teología era meramente *extrínseca*. La teología en sí completa como ciencia sagrada ejercía primado de dominio sobre las ciencias empíricas. A lo sumo acudía a ellas como ciencias «ad extra» que podían facilitar la consecución de una pastoral eficaz. Tal uso extrínseco de las ciencias positivas del hombre en relación con la teología debía ser cultivado para el bien práctico de la Iglesia y así tuvimos la medicina pastoral, la sociología pastoral, la psicología pastoral... ciencias *casi-sagradas* en virtud de su conexión extrínseca e instrumental con la teología, pero mínimamente con carácter estricto de teológicas y sin influjo interno en la evolución de la teología.

Actualmente las ciencias positivas y principalmente las antropológicas iluminan y explican algo verdadero respecto a la persona humana. Esta parcela de verdad puede y debe ser asimilada *en la substancia* de la misma teología con la nueva evolución interna de la teología y, si es necesario, con la modificación de algunas conclusiones teológicas formuladas con poca exactitud.

Es un deber recibir las aportaciones de estas ciencias y rebasarlas. Criticarlas. No son absolutas ni ilimitadas. Aquí entra en acción la función postcientífica de la teología a que aludía Pablo VI:

Debemos remontarnos a los principios para tener convicciones firmes y operantes; debemos ver cómo los progresos de las ciencias modernas, especialmente la psicología, la medicina y la sociología, entran en el cuadro del conocimiento del orden, la antropología, de cuyo cuadro deriva la ciencia de obrar, es decir la moral; debemos ver si tantas formas de obrar, si tantas costumbres son hoy

razonables o no; debemos ver la forma de *aplicar los principios morales constantes a las necesidades nuevas y a las aspiraciones contingentes de nuestra época*³⁵.

Convendrá, pues, partir de la realidad. ¿Pertenece la ipsación adolescente a la categoría de acto humano, esto es, voluntario y libre? ¿Arranca del centro personal o de la periferia? Las entrevistas personales nos convencen de que muchos la practican en contra de su voluntad expresa. El consentimiento definitivo dista de ser absoluto. Media entonces una limitación de la libertad.

La mayoría de aquellos que han contraído tal hábito niegan la realización de un acto contra Dios o su deseo de querer separarse de El. No son capaces de pensar en esta dimensión. Cuando la efervescencia pasional domina, cualquier pensamiento resulta influido. La presencia de Dios palidece realmente aunque aparezca en el hecho de pensar en El. Afirmación que dista de justificar la postura adoptada. Establecer como requisito semejante encaramiento con Dios peca de irrealismo. La búsqueda desordenada de sí, el egoísmo rastrero, presuponen el afincamiento en el propio yo. Lo cual es ya una traición al espíritu del cristianismo que radica en el amor.

Años atrás, existía entre adolescentes, la creencia de que sólo debían confesarse de esta culpa. Hoy la pastoral proclama la caridad como punto central de la mirada del penitente. Paulatinamente quedará desplazado el centro de gravedad. De la ipsación a la fraternidad universal. En vez de agotar el caudal de energías en lucha estéril contra el vicio, el joven intentará renovar su existencia mediante la oblatividad apostólica.

El autoerotismo es un suceso dinámico en el que los impulsos que deberían orientarse hacia un «tu» quedan confinados, por razón de semejantes trastornos, en el propio «yo». El «yo» individual se convierte simultáneamente en sujeto y objeto del impulso.

Buen número de psicólogos ha comprobado que jóvenes practican frecuentemente acto masturbatorio sin reflejar sentimiento de culpabilidad, mientras no han sido instruidos de su gravedad.

35. El subrayado es nuestro (Audiencia general del 7-10-1970: Eccl 30, 1970, 1926).

Posteriormente, el hábito conduce a la conciencia de culpa de modo totalmente espontáneo.

A la hora de pronunciar un juicio valorativo acerca de la gravedad debemos orillar el simplismo de quienes excluyen la posibilidad de pecar subjetivamente³⁶. De improcedente hay que calificar la opinión que asevera que el vicio solitario, masculino o femenino, directamente provocado constituye solo materia de pecado venial. El hombre maduro que provocase deliberada y libremente la polución incurriría en pecado grave. La suya es una opción fundamental encauzada a pervertir el orden de la sexualidad. La conciencia hablará al sujeto con resonancias tales que ridiculice similar infantilismo que desintegra de modo gradual la propia personalidad.

La tendencia hodierna niega más fácilmente que antaño la culpabilidad grave. Complementa la visión histórico-exegética con la hermenéutica de la psicología. Desoír la voz de esta ciencia equivaldría a negar toda antropología y, de rechazo, la teología saldría malparada.

Los psicólogos insisten en que la fuerza espiritual infantil a menudo es más débil que el dinamismo sexual hoy tan precoz. La tensión sexual influye en aquellas partes del cerebro de las que depende en grado sumo la actividad espiritual. La libre elección entre el obrar y el no obrar puede quitarse más o menos. Incluso cabe procurarse la polución como respuesta a un proceso meramente psicofísico del que la voluntad quedaría excluida. Insinúan, asimismo, que a menudo falta o no se tiene aún el equilibrio entre las tendencias psíquicas y la voluntad libre³⁷.

El educador sabrá discernir entre la búsqueda egoísta del placer y el relajamiento de la tensión después de lucha enco-

36. Cf. Robert P. O'NEIL - Michael A. DONOVAN, *Sexuality and Moral Responsibility*, Corpus, Washington 1968, VII-154.

37. Con el auxilio de la ciencia y de la experiencia pastoral disintimos radicalmente de la tesis suscrita por M. PETITMANGIN:

«Quisiéramos al concluir este estudio recordar, tanto para reconfortar al masturbador penitente como para el sacerdote confesor, que la libertad del habituario autoerótico permanece radicalmente intacta, incluso después de graves pecados mortales aunque fuesen, por desgracia, frecuentemente renovados» (*La Masturbation. Etudes: clinique, morale, pastorale*, Ed. du Levain, Paris 1967, p. 128).

Muy otro es el enfoque que de la realidad brindan HAGMAIER-GLEASON (*Orientaciones actuales de Psicología Pastoral*, Sal Terrae, Santander 1961², pp. 103-109).

nada³⁸. El primer caso protagoniza la caída moral auténtica, mientras que en el segundo se da simple tensión psicofisiológica. El egoísmo puro constituye pecado en todas las esferas donde germine. Habrá que enseñar al adolescente dónde se ubica el desorden y la malicia correspondiente, la línea de demarcación entre inmadurez y pecado.

A. Hesnard se ha dedicado a denunciar y destruir la falsa culpabilidad que está en el origen del *universo mórbido de la falta*. Hay que plantear al adolescente el problema real de la relación entre su placer sexual y la obligación de respetar al otro. Caerá de este modo la «mitomanía sexual»³⁹.

Por otra parte, existe el riesgo de caer en el extremo contrario. En virtud de todos los determinismos conocidos o por conocer, desculpabilizar radicalmente y reducir al hombre al estado de robot irresponsable. Pío XII tuvo el valor de debelar esa tendencia de la sociedad hodierna de la que recogimos una muestra el 30 de abril de 1970. Los padres de familia de un colegio religioso de Cataluña expusieron abiertamente su disconformidad frente a la conferencia de un joven psicólogo barcelonés. Los extravíos a que conduce la visión naturalista de los hechos queda de manifiesto ante algunas de sus afirmaciones, recogidas por cinta magnetofónica: «así como sale la barba y crece el vello, también sale el semen fuera, es normal»; «la provocación del orgasmo más intencionada, totalmente voluntaria y libre, tiene sentido puramente compensatorio de la crisis de angustia de la pubertad»; «no tienen importancia en absoluto nuestras caídas de pecados de la carne, el que los chicos se masturban...».

Como signos probables de ausencia de libertad podemos aducir:

- el mismo juicio personal de quien se cree privado de ella.
- el hábito, sobre todo en quienes evidencian buena intención: el púber cae por melancolía u otro defecto psíquico.
- la condición particular: estado de semivigilia (antes o des-

38. ¿Quién obligará al muchacho a luchar durante horas contra erección que impide conciliar el sueño? ¿Habrá que dar libre curso a la apetencia natural? Una cosa es cierta: desaconsejar la resistencia que cobra irrisaciones de angustia.

39. *Morale sans péché*, PUF, Paris, 1954, pp. 136-137.

pués del sueño) si no son conscientes de haber obrado activamente.

Rechazando tendencias exageradas, hay que atender simultáneamente a la realidad moral y a la prospectiva psicológica. Una consideración prudente permite forjar la siguiente conclusión general:

*En la masturbación del o de la adolescente no es raro que falte la culpa grave subjetiva*⁴⁰.

CONCLUSIONES.

Resulta muy problemático juzgar el caso particular. El juicio probable se formula a partir de presunciones, según lo que dé de sí la condición peculiar del sujeto.

En un intento de concretar hasta el máximo y con la esperanza puesta en la paternidad espiritual del educador cabe concluir:

1. Ayudar a los jóvenes de ambos sexos en la tremebunda faena de vivir. Mostrarles las excelencias de la sana actitud católica frente al cuerpo⁴¹, al sexo⁴², a la vida en general⁴³ e impedir que se concentren en el autismo. Aventurarles para que

40. Cf. John C. FORD - Gerald KELLY, *Problemas de Teología Moral Contemporánea*, I, *Teología Moral Fundamental*, Sal Terrae, Santander 1962, pp. 211-223 y, especialmente, la p. 215.

41. Cf. AUER - TEICHTWEIER - STRAETLING, *L'uomo e la sua sessualità*, Querini, Brescia 1968, pp. 13-46.

42. Cf. G. SCHERER, *Nueva comprensión de la sexualidad. El matrimonio en el horizonte del ser*, Sígueme, Salamanca 1968, 314.

43. Cf. G. AVANZINI, *Los años de la adolescencia*, Nova Terra, Barcelona 1969, 232; Arlette BOURCIER, *La Nouvelle Education Morale. Pour en faire des responsables et non pas des anxieux*, Les Editions Sociales Françaises, Paris 1966, 199; P. CHAUCHARD, *El progreso sexual*, Fontanella, Barcelona 1968⁴, 101; Id., *Nuestros hándicaps sexuales*, Ed. Iberoamericanas, Madrid, B. Aires, México, Montevideo 1968, 215; José María DEXEUS TRIAS DE BES, *La sexualidad en la práctica médica*, Ed. Roche, Madrid, 1963, 110; ELL-KLOMPS, *La sexualité de l'enfance au mariage. Données psychologiques, problèmes moraux*, Centurion, Paris 1969, 160; P. FURTER, *La vida moral del adolescente*, El Ateneo, B. Aires 1968, 261; H. GUIOCHET, *Sexualidad y equilibrio en la juventud*, Instituto Editorial Reus, Madrid 1968, 110; A. HORTELANO, *Yo-Tú, comunidad de amor*, Ed. Paulinas, Madrid 1969, 131; A. OLDENFORFF, *Corporalidad, Sexualidad y Cultura*, Ed. Carlos Lohlé, B. Aires-México 1970, 149; G. RIFELLI, *L'Educazione sessuale nella scuola*, Ed. Dehoniane, Bologna, 1969, 160; L. ROSSI, *Morale sessuale in evoluzione*, Gribaudo, Torino 1969³, 390; J. SARANO, *La sexualité libérée*, L'Epi, Paris 1969, 160; Odette THIBAUT, *L'amour cet inconnu. Lettre à mes fils*, Lethielleux, Paris 1966, 119.

tengan algunas saludables experiencias sociales acompañando personas del otro sexo ⁴⁴. El tener novia ayuda y compensa afectivamente (=vertiente interpersonal profunda de vida sexual).

2. La primera tarea del educador será discernir la causa de la ipsación para poder aproximar un diagnóstico. Le servirán como datos orientadores: edad, sexo, temperamento, frecuencias 3-4 por día=patológico), calidad de actos (acompañados o no de imágenes eróticas), mecanismo de desencadenamiento (automático, angustia, adversidad escolar, previo a conciliación del sueño). Advertirá conjuntamente la complejidad del hecho que obedece a la etiología profunda y a las nuevas implicaciones educativas.

3. En el diálogo personal (=counseling) cada caso debe ser considerado en su más hondo cogollo. Atender con sumo respeto las circunstancias y la individualidad del sujeto. Sin el absolutismo del rasero común ⁴⁵, ni tampoco la benévola condescendencia resultante de la fría estadística.

4. Para valorar el grado de moralidad del acto puede servir de guía el siguiente principio: a mayor automatismo y angustia, menor libertad y responsabilidad. Si nosotros mismos no estamos seguros de la moralidad, aceptemos el misterio de la libertad humana. Y establezcamos hilo directo con las altas esferas. ¡Sólo Dios juzga!

5. Antes que cristalice la conciencia moral (10-12 años) no se hable de pecado grave, sino únicamente de la obligación de superar tal defecto. Basar la educación sobre motivos positivos, convenientes y luminosos. Táctica infinitamente superior a la amenaza del infierno ⁴⁶.

6. Los jóvenes, sea cual fuere la edad en que se hallen, si *oran, muestran buena voluntad, se comprometen en el gran man-*

44. El eminente teólogo oriental P. EVDOKIMOV nos deparó un extraordinario estudio sobre la aportación femenina (*La mujer y la salvación del mundo. Estudio de antropología cristiana sobre los carismas de la mujer*, Ariel, Barcelona 1970, 303).

45. La Iglesia tendría que reflexionar: ¿por qué son tantos los que se rebelan, los que abandonan o caen en la indiferencia o en la frustración total? ¿No será debido a la reminiscencia de una moral casuística, tajante e impersonal? (Cf. M. L. WEST, *Causas de intranquilidad en la Iglesia*, Conc 6, 1970-I, 10-18).

46. Cf. L. DIUMENGE, *Moral, ¿angustia o liberación?*, Apuntes, 5, 1970, 1-14.

damiento del amor fraterno, deben ser alentados por lo que respecta a situación de culpa. Si, en general, pueden suscribir la actitud de lucha, podemos creer legítimamente que no han caído gravemente. La vida cristiana difiere de la improvisación caprichosa. Supone un séquito de escalonados esfuerzos, en pugna con las realidades corpóreas, que llevan a cada hombre a ser aquel que es.

7. El acto de dolor que incluye firme propósito de superar la fase masturbatoria basta para comulgar⁴⁷.

8. ¿Hay que comunicar semejantes criterios sobre la culpabilidad dudosa o nula? Sí y No. Afirmativamente si tal comunicación contribuye a suprimir la depresión y liberar paulatinamente de la esclavitud del hábito. Negativamente si se derivase de ella la tendencia al laxismo.

9. La pastoral colegial debe hallarse en consonancia con semejante perspectiva. El educando recibirá orientaciones dispares si no media la colaboración de todo el cuerpo profesoral. Importa sobremanera que el equipo sacerdotal del colegio esté abierto a los nuevos enfoques psicoteológicos. Sería inconcebible que permanecieran quietos, «con los relojes parados», en medio de los grandes cambios a que está sometido nuestro macrocosmos. Que la Penitencia, hontanar de alegría, sea vivida como un encuentro fraternal con Cristo⁴⁸.

47. Con ello valorizamos la Eucaristía como sacramento de reconciliación (cf. J. M.-R. TILLARD, *El pan y el cáliz de la reconciliación*, Conc 7, 1971-I, 35-51).

48. La tónica de muchos colegios de religiosos y religiosas, así como de algunas curias diocesanas es de confiar la dirección espiritual del Centro a sacerdotes entrados en años. Sin advertir que cuanto mayor sea la diferencia de edades con los alumnos, tanto más problemática resulta la efectividad pastoral.

Muchachos y muchachas se me quejan reiteradas veces de esos confesores que convierten el sacramento de la penitencia en interrogatorio durísimo. Pienso en la benevolencia del Maestro que reclamaba únicamente un corazón contrito y el firme propósito de orientar positivamente la vida. La imprudencia sacerdotal puede apartar para siempre de la fe. El protagonista homosexual de *La máscara de carne* confiesa: «El hombre que más daño me ha hecho en el curso de mi existencia ha sido un sacerdote. Me dijo:

—¡Pero usted es un monstruo! ¡Usted está condenado!

Con sus palabras me arrojó al abismo por varios años seguidos. No supo comprender que uno puede ser capaz de otra cosa más que de sufrir por esta causa, y que ello basta: esta conciencia y este dolor de nuestra bajeza» (o. c., p. 234).

Mientras carezcamos de valor para solucionar ese aspecto, llevamos gratuitamente el título de educadores.

Lamentaría en sumo grado que algún intelectual con palitro-que pudiera deducir de cuanto antecede que en 1971 la masturbación ha dejado de ser pecado y que, por consiguiente, puede practicarse con entera tranquilidad. Nada más distante de nuestro pensamiento. Al emprender la investigación quisimos cotejar los avances recientes de la psicología con una mal fundada tradición teológica. Estimábamos paradójico que todas las legislaciones civiles atemperasen sus sanciones al tratarse de menores de edad y que la Iglesia católica universalizara la gravedad del pecado a partir de los 7 años. Las limitaciones psicológicas que, por otra parte, padece el acto humano, enrarecen el pecado mortal subjetivo. Y esto no resulta sinónimo de espíritu laxista⁴⁹, sino de un quehacer presidido por el amor de Cristo⁵⁰.

49. Estimamos paradójico el libro de PETITMANGIN. Mientras se muestra excesivamente minucioso en el acto sacerdotal de examinar el fenómeno masturbatorio (p. 89), rehusa calibrar como es debido las condiciones necesarias para el pecado grave (p. 95).

Sentimos verdadera perplejidad ante quien, investido del poder de atar y desatar, refleja la mentalidad del policía que multa porque recibe un porcentaje de la recaudación. Así leemos: «El sacerdote si propusiera a un alma estas palabras: "tranquilízate, todo esto es menos dramático de lo que piensas, teniendo en cuenta tu caso", si afirmase esto, dicho sacerdote trabajaría desgraciadamente en desvalorizar la ley moral misma, y minimizaría así la misma Palabra del Evangelio» (p. 96). ¿De dónde saca esta palabra del evangelio que no ha llegado a comentar? ¿Habría comprendido la gigantesca transformación del Vaticano II que del polo de la ley ha reconocido la primacía de la conciencia? Acabemos de una vez con la silenciosa y siempre renovada afirmación de que el pensamiento moderno es radicalmente acristiano. La teología no debe tomar el camino de la facilidad. El Logos divino puede, también actualmente, enmaridarse con el logos humano.

50. No podemos olvidar la necesidad de normas que regulen el comportamiento sexual. Tanto la historia bíblica como la tradición cristiana muestra sorprendente evolución en lo que se refiere a las normas de ética sexual. Cabe hablar de auténtica mutación de normas. Evolución que refleja en qué medida las normas concretas se hallan condicionadas por la historia y la cultura y dependen de determinada comprensión de la realidad. Si Agustín, Tomás... pueden interpretar las exigencias de la vida cristiana a tenor de concepción dominante de la sexualidad que dominaba en su época, ¿por qué desconocer semejante derecho a la generación lunar?